UN "RAUDAL" DE POESIA

POR

GERARDO DIEGO

HAY títulos que prometen y cumplen. *Raudal*, libro de poesía de José Rumazo, es uno de ellos. Siempre que me encuentro en posición bien visible la palabra *raudal* me acuerdo de la espiritual dedicatoria del *Cancionero de la Vida Quieta*, de Enrique Menéndez, a su no nombrada esposa:

¿Versos a ti? No haré tal.
A ti el alma en donde brota
de los versos el raudal.
¿Para qué quiere una gota
la dueña del manantial?

También este otro raudal, este nuevo manantial, alude constantemente, sin apenas confesión concreta, a quien paralelamente le alimenta. Y lo que vierte el libro no son escasas y avaras gotas, sino todo el chorro, el cauce, el raudal de una copiosa vena poética. José Rumazo se acredita con este libro de auténtico poeta lírico, sin duda uno de los más puros, personales e intensos del parnaso ecuatoriano contemporáneo, que desearíamos conocer mejor para calcular con exactitud el puesto que a nuestro poeta le corresponde.

Una nota preliminar advierte al lector: «La mayor parte de las poesías de este libro fueron escritas alrededor de 1932. El autor considera la presente como la única edición válida de sus primeros versos.» La interpretación recta de estas palabras supone varias cosas. Primera: que estos son los «primeros versos», con todo lo que ese

adjetivo numeral descuenta de imperfección y espontaneidad. Segunda: que tales primeros versos vieron la luz, ya en forma de libro, ya en publicaciones periódicas, hace bastantes años. Tercera: que aquellas versiones espontáneas y apresuradas han sido revisadas o, al menos, corregidos los errores de imprenta, para la presente. Cuarta y última: que después de diecisiete años, el autor se considera más diestro y responsable de su arte, como Santa Teresa al compararse con el platero en el libro de sus *Fundaciones*, pero que, no obstante, no reniega de sus frutos juveniles y quiere salvarlos, abrazándolos y quizá retocándolos en esta ofrenda tardía. A ello se añade la agregación de algunos poemas más recientes, que no parecen disentir del tono y maneras de los prematuros.

En efecto, sabemos por confidencia directa del poeta, que José Rumazo sigue trabajando en poesía con ilusión creciente y piensa, con razón, que su obra madura ha de mejorar, cuando se publique, la estimación, ya considerable, que a los buenos aficionados merece su primera salida. Puede estar seguro el noble poeta de que este *Raudal* no daña de ningún modo su reputación. Todos los defectos que una lupa impertinente pudiera hallar en sus páginas no llegarían acumulados en un platillo a hacer vacilar la inclinación decidida de la balanza por el lado de los justos.

Ante todo, y volviendo a recoger la sugestión y el paralelo insinuados por el título, la poesía de Rumazo es de aquellas que reúnen, junto a los valores puramente estéticos, los morales y generosamente humanos. Hay libros de los que se exhala como un perfume de salud espiritual, como una esencia concentrada de bondad y caridad, y éste es uno de ellos. Si por ventura no conocemos al autor antes de leerlos, nos basta la emanación de su obra para sentirnos de una vez para siempre sus amigos. Si lo éramos ya con anterioridad, el libro nos confirma y nos intima más con los secretos y riquezas de un alma pudorosa que no se nos había revelado totalmente hasta la efusión purísima de una inocencia poética. Inocencia, es decir, ignorancia de sí misma, porque las almas buenas no saben que lo son. Pero la poesía justamente las pone de manifiesto para todos y quizá para el propio cantor, sorprendido de su mismo límpido caudal.

Las poesías contenidas en este libro pueden dividirse en dos grupos. Uno constituído por las de arte mayor, a veces de larga extensión, verdaderos poemas en toda la anchura de la palabra. Otras, las más esbeltas, concretadas y líricas. Las primeras responden bastante bien al concepto que nos formamos de la tradición de la poesía ecuatoriana, fiel al robusto Olmedo y no menos leal a la grandiosi-

dad de una naturaleza gigante. En la técnica, estos poemas suelen adoptar la forma de cuartetos o serventesios alejandrinos, con alguna licencia de rima de cuando en cuando. Por la majestad de su vuelo, la riqueza de su vuelo, la riqueza de su vocabulario, el primor recargado de sus metáforas e imágenes y la valentía de sus hipérboles acusan al poeta formado en el centro del mundo, ante el ejemplo doble de una orografía sublime bajo un cielo y un aire de implacable fulgor y de un arte, doble a su vez, con el recuerdo autóctono y la presencia de lo hispánico en construcciones, labras y repujados. Se podría seguir paso a paso en esas estrofas abultadas y nobles la doble vocación de lo épico y simbólico con grandiosidad sin límites y de lo perfecto, plateresco y apurado en la ornamentación de los detalles y en la intimidad misma del sentimiento.

Tomemos, por ejemplo, el primer poema, «Organo de la Tierra». Se anuncia tremebundo y potente como un «Castigo» de Hugo o como un salmo de Díaz Mirón, de Chocano o de Salvador Rueda:

Organo clamoroso, con tubos de cisternas,
con voz del agua clara y de la tierra oscura,
con el fuelle marino de las auras eternas,
órgano que aconteces en mi más alta altura.

Pero ya en la tercera estrofa, al evocar el mar, lucha la imagen inmensa. «En sus caderas hondas se estrecha el mar, se ahoga» con la profunda, vívida y fresca de autenticidad:

«Por la blanca hojarasca que por el agua boga
va con tiento mi barca estrujando la espuma.»

Un poco más abajo tropezamos con otro verso hondamente conmovedor:

«El mar amargo, verde, como hiel del planeta.»

Y así, alternando el grandioso ademán retórico con la retenida emoción de la imagen inédita o de la confidencia bañada en luces de amor, va siguiendo el poema, todos los poemas de ese tipo, su marcha solemne y por fuerza, caprichosa y gratuita. No son defectos precisamente los que acechan a esa clase de poemas de órbita desmedida y estrofa breve y cerrada. Son más bien excesos, nobles excesos y gratuidad de transiciones o modulaciones no bastante justificadas. Son, en suma, los mismos riesgos de la forma musical que no se arredra ante la vastedad del molde y la ampulosidad del gesto total.

El más importante poema de esta clase es, creo, el que se llama,

como el libro, «Raudal». Si en él sobran estrofas y algunos detalles se pueden mejorar, nos vale en cambio un formidable y purísimo raudal de la mejor vena poética. Citar todas sus bellezas supondría llenar casi tantas páginas como el poema ocupa, aun prescindiendo del tentador comentario. Hallamos tan pronto una imagen de limpio creacionismo, que hubiera hecho las delicias de Vicente Huidobro:

«Aspas de los molinos van el aire enrollando».

como la adivinación de tipo «surrealista»

«Yo poblaré mis células de la angustia de amarte»,

o bien la desaforada imagen tropical:

«Mi expectación, camello que al simún se condena»,

Y cuánta ternura en la evocación de la amada, a la que pertenecen estos dos serventesios:

«No vuelvas nunca al mar: si la luna remota
entra en la luna verde de tu mansa pupila,
se ahogará temblando, como herida gaviota,
en tanta lontananza de tanta agua tranquila.
Y no vayas al campo con esa cabellera,
seda de oro en capullo, borrasca de trigales;

Verso divino este último, que renueva imágenes milenarias con indecible novedad y encanto.

si sales al camino creerá la pradera
que anda la madrugada descalza en los rosales.»

En cambio, otras estrofas nos traen un efluvio de poesía hispanoamericana melancólica e inconfundiblemente continental, de la que siempre nos sorprende a los europeos. El mejor poeta mejicano o argentino se enorgullecería de firmar esta estrofa, cuyo tercer verso es conmovedor:

«Inicia algún preludio; quisiera acompañarte
con un verso doliente, sensitivo y ligero;
sálvame del cansancio de conversar aparte,
de tener a tu lado corazón forastero.»

Igualmente el fragmento destinado a cantar la fecundidad, la maternidad, es de una calidad exquisita:

«En el bisel de tu alma te duplicas tú misma.»
«El hijo titubeando vendrá un día a tu casa,
como el agua llovida al hoyo de una roca.»

El parnasianismo cálido y emotivo, a diferencia del de los grandes maestros de esa escuela, llega en ocasiones a aquilatarse con los juegos regalados y siempre misteriosos de la aliteración y la paranomasia. El tema de la «Sirena», muy impresionista, le inspira a lo Debussy escarceos de isla joyosa :

«Balandras, balanceos, ritmos de bienandanza,
velando a los veleros en lento sube y baja.
En baja mar, bajeles; en alta mar, bonanza,
y nada en la ensenada donde el mar se relaja.»
«Ella al mirar rielando, crea brisa riendo,
tenue brisa salada con la sal de sus lágrimas.»

Algunos de estos poemas mayores se inspiran en la leyenda india. No olvidemos que Rumazo es además un historiador e investigador de documentos y un poeta dramático, que recoge admirables tradiciones de la «Leyenda del Oro» y de «El Cacique Dorado». No nos sorprende, pues, encontrarle ahora asimilando en su verso conjuros de «La Hechicera de los Huancavilcas» o de la de los Amazonas o sacrificando en el rito del Sol, según la liturgia del Quipocamayoc. En estos poemas, como el más criollo de «El Condor», el verso se turge y esmalta de músculos y plumas metálicas y nos impresiona con el vocablo exótico y la fórmula supersticiosa, «como mago que escribe sobre el viento un letrero».

De todos los poemas mayores, nos encontramos más cerca de la comprensión absoluta en el magnífico dedicado a Guadalupe, sin duda, uno de los nuevos agregados al acervo primitivo. En este poema endecasílabo, el poeta repite las favoritas imágenes musicales y organográficas abundantes también, pero siempre distintas en sus poemas de «Organos» y evoca o describe con esplendor y riqueza digna de Bizancio, los paisajes, ceremonias, arqueologías o pinturas del monasterio y su montaña. También tendríamos ahora que citar casi todas las estrofas. Si las que transcribo a continuación recuerdan la mejor poesía de 1900 :

Cada siglo pasó por su camino,
y los cantores de los cantorales
se han puesto del color del pergamino
debajo de las laudes sepulcrales.
Cantad, cantad, señores ministriles,
como ante el rey Felipe, con discante;
ya los libros han vuelto a los atriles,
la nota al pentagrama, titilante»,

Si la sensibilidad musical y el fausto de una Edad Media redi-

viva lucen con justa opulencia en todas las sonoridades del órgano, la óptica pictórica recaba sus derechos al emular los lienzos de Zurbarán o las tallas y estofados de los retablos. El quiteño busca aquí su desquite, y que nos perdone que le imitemos en sus coruscantes ornatos:

Así recitan los fagotes graves
con engolada voz, y Zurbarán,
con luz de la penumbra de las naves
pinta otros monjes que reparten pan».

En contraste con esas recamadas platerías y suntuosos tapices, con la evocación de santos y monarcas:

La reina de los párpados cansados,
que hilando sol para sus brocateles,
entre sus pacientísimos brocados
sembraba el florecer de sus vergeles».

sobreviene inesperada la égioga extremeña, que es quizá lo mejor del primoroso poema. He aquí cómo se inicia:

«Mas vienen todavía en largas filas
romeros por la puente de Alcolea,
derraman los collados sus esquilas,
la leche de sus cántaros la aldea.
Vienen por el paisaje. En él se ahondan
devotamente, llegan de tan lejos,
y sobre sus cabezas se desfondan
cargados de uvas los parrales viejos.
Y descansan al pie de unos morales
que escucharon teológicas disputas
cuando manaban sangre de corales
las piñas vulnerables de sus frutas.»

Y sigue esta maravilla de sensibilidad y de dicción:

«Aquí el agua trajina bajo el suelo
por veredas sutiles, acendrando
el metal del sabor, con tanto celo,
que mana el manantial saboreando.
El aire y agua—es la estación estiva—
se bañan con rubor en las Villuercas,
y después en la Puebla el agua viva
duerme una siesta verde en las albercas.»

Podría extraerse del libro de Rumazo, que no en balde se llama con nombre de agua, una antología completa y multiforme del agua. Ello solo y el condigno comentario de tanta belleza sentida y ex-

presada, ocasionaría un cumplido ensayo que habrá que intentar en otro lugar para no abusar del que aquí se nos concede.

Pasando ahora a los poemas o poesías más breves, a los sonetos, tan bellos algunos como «Alabastro» o «Sin llama», y, sobre todo, a los versos de arte menor, todas las cualidades que hasta aquí hemos apreciado, se acendran y alquitaran adelgazándose para corresponder a la esbeltez del verso elegido. Es aquí donde encontramos—no lo sé, pero quizá—el mejor Rumazo o, al menos, el acorde con la sensibilidad más auténtica de nuestro tiempo. La disciplina guardada en las estrofas anchas y exactas, le sirve ahora de fianza para no perderse en los meandros de un verso que fluye libérrimo, blanco y sin sujeción a ningún esquema previo. Lo suprimible casi desaparece, el desafuero de gusto dudoso en España aunque admitido por la mejor tradición en América no tiene lugar para aparecer. Y la aristocracia de un alma selecta y la verdad de un corazón sin trampa transparecen bajo la tersura de unas palabras nunca ahuecadas, sino vestidas de su natural y trémula entonación.

Al opuesto de la inspiración grandiosa, ahora encontramos a veces la joya de un cantar popular en que se desconoce su destino más puro:

«La lluvia llena un hoyuelo
cantando que junto al mar
hay conchas como un millar
llenas del agua del cielo.
¿Por qué será tan salada
la mar, con ser tan movida,
y dulce el agua estancada
en una concha llovida?»

No piense el lector que son dos coplas aisladas, son simplemente dos estrofillas llenas de gracia, dentro de un «Arabesco» que juega más a lo difícil y laberíntico. En el mismo arabesco, este otro proverbio de infinita meditación:

¿La copa su sed mitiga
porque se inclina el licor?
Si en el borde se prodiga,
¿sabe el cristal el sabor?

Aún mejor canta la poesía más pura cuando se abandona a crearse su forma espontánea, ágil y sin rima. «La Voz de la Prometida» avanza con su barquero en rumbo de parábola:

«Sueño, elemento del cuerpo.
Agua, elemento del alma.
La noche salió estrellada
porque se cayó a tu sueño.»

Lo invisible, lo inasible, lo incoercible es una vez y otra agregado en la malla dulcísima del verso. Ya es el «Eco»:

«Eco tenue, solitario,
de mi amorosa palabra,
se me vuelve al corazón
algo de mi misma voz,
y yo creo una respuesta
este eco vano, soñado.»

Ya la sombra en varios poemas de sutilísima fimbria:

«Es como la misma luz
ya sin la sangre del sol.»
«Entra al túnel, no te sigue,
te aguarda del otro lado,
te espera toda la noche
en la puerta de tu casa.»

Cito saltando y haciendo así un flaco servicio al poeta. Pero ¿quién se resiste a comunicar tesoros encontrados y cómo hablar de poesía sin la misma voz prestada de ella, la indefinible, aunque sea, por prudencia y respeto al derecho de autor, mutilando el torso de línea continua? Ya la «Hoja seca» o lengua de moribundo o la noche que «del fondo del cielo oscuro» «tremola sombras y espigas de luz dorada», o la maravilla tan poco cantada del granizo, o la pavesa, sombra de humo, del recuerdo. En estas poesías, generalmente en octosílabos blancos, la fluidez de la columna que evocan no daña a la exactitud firme y paradójica de las palabras. Sólo con firmísimo dibujo inaparente puede moldearse el sueño. Y para que no se nos tache de crueles cirujanos sistemáticos, respetemos al menos una vez la integridad de un texto y reproduzcamos para concluir este apresurado repaso uno de esos poemas adorables, por ejemplo, el siguiente, que nos hace pensar en un Pedro Salinas encontrado no se sabe cómo, partiendo de la orilla opuesta y sin dejar de ser el más genuino y comprobado José Rumazo:

«Agua Enferma»

El agua está enferma, el agua,
su entraña, nube y rocío,
olvidando cielo y tierra,
sin sobresalto ni júbilo,
está lánguida, está inerte.
Antes, madejas de leche,
sus ruecas girando hundía

en sus linfas, en sus ondas,
despeñada en los barrancos.
Hoy cayó de la montaña
y allí se ha quedado muerta.
Antes se iba regolfando,
el capote cristalino
tendía sobre la arena
de la playa, y con estrellas
orlaba tanta orla y playa;
hoy se ha ido de resaca
mar adentro y ya no vuelve.
Por no ir arrastrando arenas,
no se enturbia. Ya no lava
ni oro, ni calles, ni sábanas;
todo es lodo y polvareda
y amarillentos sudarios.
¿Y los musgos de la roca?
¿Y la fuente de los claustros?
¿Y los senderos en flor?
¿Y los labios ya resecos?
¡Acude al valle y al monte!
Ya no acude, ya se mueren
el bosque, la flor y el hombre.
Si encuentra en el cauce piedras
se ladea humildemente;
no murmura en los remansos,
ya no rabia en las cañadas,
y al golpear algún molino
ya no empuja el hombre atlético
de aquel chorro que bramaba.
No hace lampos con la lluvia,
ni se adentra en las esponjas;
ya no azota el aguacero
el cristal de la ventana;
en el estanque no hace ondas,
sino que tiembla azorada.
Descolorida, a una fuente
se asoma a tomar el sol.
Ya no ahoga ni se filtra;
el agua no ahoga a nadie.
Raudal muerto en primavera.
El agua está enferma, el agua,
y se fatiga con nada,
con un barco de papel.

Gerardo Diego.
Covarrubias, 9.
MADRID (España).